

De mi flor
Poemas y traducciones

Juan José Saer

El vidrio índigo en la hierba

¿Qué es lo real—
esta botella de vidrio índigo en la hierba,
o el banco con la maceta de malvones, el colchón
manchado, y el mameluco húmedo secándose al sol?
¿Cuál contiene, verdaderamente, al mundo?

Ni uno solo, ni los dos a la vez.

Wallace Stevens

Virilidad

Como me atraen las mujeres
y gozo estando a su lado,
me trataste de afeminado.
¿Debo entonces llamarte macho
porque te gustan los muchachos?

John Donne

El caballo

El caballo se mueve
por su cuenta
sin referencia
a su carga.

Tiene los ojos como
los de una mujer y
los hace
girar, echa

atrás las orejas
y generalmente
es consciente del
mundo. Así que

tira cuando
debe y
tira bien, largando

por las fosas nasales
un vaho
como el humo
del mellizo exhausto
de un auto.

William Carlos Williams

Leda

Ven no con besos
ni con caricias
de labios, manos y murmullos;
ven con un rumor de alas
y un relente marino en la punta del pico,
con tus membranas ondulantes y húmedas
hasta mi vientre suave y pantanoso.

D. H. Lawrence

A Lindsay

Vachel, las estrellas aparecen
el crepúsculo cayó sobre el camino a Colorado
un auto se arrastra lento por la llanura
en la penumbra la radio aúlla su jazz
el viajante desesperado enciende otro cigarrillo
En otra ciudad hace 27 años
veo tu sombra en la pared
estás sentado en tiradores sobre el borde de la cama
la mano de la sombra levanta el arma a la cabeza
tu sombra cae sobre el piso

Allen Ginsberg

Una cierva en el crepúsculo

En los pantanos
una cierva surgió del campo
y se perdió en la colina
abandonando a su cría.

Desde la ladera
se dio vuelta a mirar:
delgada mancha negra
contra el cielo.

La contemplé, sintiendo
que su mirada
me volvía extraño.
Pero tenía derecho
a estar allí con ella todavía.

Su sombra ágil trotaba
a contraluz, echando
atrás la equilibrada y fina
cabeza. Y la reconocí.

¿No pesa, masculina, cargada de astas, mi cabeza?
¿No son mis patas ligeras?
¿No corrimos juntos en el mismo viento?
¿Mi miedo, acaso, no cubrió su pavor?

D. H. Lawrence

Medianoche

En el Pabellón del Oeste, sobre un desfiladero de mil pies,
camino a medianoche cerca de mi ventana.
Blancas estrellas fugaces se deslizan sobre el agua
y vacilan, en la arena, rayos de luna transparentes.
Al pájaro secreto se lo siente como en su hogar en el árbol
y al abrigo en el fondo, entre las olas, al gran pez.
De parientes y amigos, en el confín del cielo y de la tierra,
entre remesas de armas y pieles, rara vez alguna carta llega.

Tu Fu

Epitafios

Fu I

Fu I amaba la alta nube y la colina.
Ay, el alcohol lo mató.

Li Po

También Li Po murió borracho.
Quiso abrazar la luna
en el Río Amarillo.

Ezra Pound

Haikú

Plantas inmóviles
antes de la tormenta.
Una sola hoja tiembla.

1981

Ruidos de agua

Nadie está, aunque parezca estar, en el mundo.
Como cuando en el agua lisa y resplandeciente
cae una piedra que llena el aire con su eco,
igual el todo, permanencia inmóvil,
se abre y se cierra con cada nudo, fugaz, de acaecer.
Ruidos de agua. Y silencio, después,
en un lugar arcaico y sin orillas.

1982

Dama, el día

Dama, el día
declina, dama, Beatrice,
Helena o Mesalina, el día
que debía durar
lo que el tiempo entero
declina, y todavía
nalgas, pecho, mirada, pensamiento,
no desanudan, abandonados, su misterio.

Dama, que en cada octubre
reaparece, fresca otra vez,
abierta y reticente, animal
nupcial
que el pico rojo esculpe
a su imagen, presencia
anónima o hervor grueso
del todo
forrado en pena y terciopelo.

Dama, que el torbellino
inadvertido y lento
pone en la punta en flor
para atrapar
la abeja soñolienta
y semiciega, que cumple
con su rito, y cae después,
reseca, en el río oscuro.

Dama —fiesta más bien
de lo arcaico que perpetúa,
en octubres periódicos,
lo pasajero —dama, el día
declina, el portador
del huevo vacila, y no quiere
ceder el paso, ansioso
de permanencia.

Dama, por quien pelean
materia y deseo, al violeta
lo devora el azul y al azul,
sin bullicio, el negro; dama,
cae, rígido, el moscardón
que confundía
mundo y deseo, y ahora
no es más que polvo del camino.

Papiol (Tiempo), lleve
estas líneas a alguna
parte, de parte
de uno
que vino y
clic
se fue.

1984

El culto del cargo

Desháganse
de adornos y vestimenta;
desiertén
factorías y jardines.
Que un árbol junte la tierra
y el cielo; que se entremezclen
sexo y jerarquías:
después de la catástrofe
viene la vuelta de nuestros muertos,
después de la oscuridad, la luz
flamante. Salgamos desde el cero
otra vez, renovados, al infinito.
Gime la herrumbre
de este mundo gastado, se quiebran
las estrellas en ruinas,
el aire sucio raspa
pupilas secas
bajo párpados blancos. O el paraíso
o nada: desdeñen
la limosna, el imperio
del siglo, reintroduzcan
el gusto por la abundancia.

Preparen
la desnudez exigente.
Respondan
a la mistificación con silencio.
Acepten
el paso oscuro por el caos.
Abandónense a la inacción.

Madrigal

Pastores,
la estrella
no lleva a nada,
su trayectoria
es azar,
aparición fugitiva
en la manada
de siglos fugitivos,
la cruz,
más tarde,
coincidencia;
pastores
el sol relámpago,

el tiempo entero
suspiro, pastores
lo visible
explosión,
espejismo
el firmamento;
pastores
la propia mano
improbable,
el pensamiento
brisa o fiebre
en el anochecer,
la adoración
error o cálculo
en un establo
vacío.

Señales del río Lot

El azar se transforma
en mundo, y
 el mundo
en belleza.

 Región
antigua
que acompañabas,
gentil, el tren
en un anochecer
de fin de invierno,
reunida, al fin,
en imagen
por el curso
de tu río. Río,
o signo más bien,
por el que,
como por un lugar,
con delicia,
se atraviesa.

1984